



La alegría del Evangelio y la Conversión Misionera de la Iglesia en América¹

Documento Conclusivo del V CAM

JOSÉ CERVANTES GABARRÓN

Instituto Teológico San Fulgencio, Murcia

I. EL V CONGRESO AMERICANO MISIONERO (2018)

El V CAM en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia)

1. La Iglesia Católica en América ha celebrado su V Congreso Americano Misionero (V CAM) en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) del 10 al 14 de julio de 2018. Con el lema “América en Misión: El Evangelio es alegría” y con el tema: “La alegría del Evangelio, corazón de la misión profética, fuente de reconciliación y comunión” se ha llevado a cabo este gran acontecimiento misionero, con el objetivo de: “Fortalecer la identidad y el compromiso misionero Ad Gentes de la Iglesia en América, para anunciar la alegría del Evangelio a todos los pueblos, con particular atención a las periferias del mundo de hoy y al servicio de una sociedad más justa, solidaria y fraterna”. En coordinación con los Directores de OMP de América y la Conferencia Episcopal Boliviana,

1 Desde el Consejo de Redacción de *Scripta Fulgentina* agradecemos el poder publicar como primicia en Europa este documento conclusivo del V CAM. Gracias a José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero en Bolivia y profesor de Sagrada Escritura en el Instituto Teológico San Fulgencio.

la Comisión Teológica del mismo preparó los contenidos del Congreso a lo largo de cinco años, durante los cuales se han celebrado dos Simposios Internacionales, en Puerto Rico (2015) y en Uruguay (2016) respectivamente, así como otros muchos Congresos nacionales misioneros en cada país o jurisdicción eclesiástica de todo el continente de América. De aquellos dos Simposios internacionales se han publicado los libros² en torno a los ejes temáticos del Congreso, que han sido los siguientes: El Evangelio, la alegría, la comunión y la reconciliación, la misión y el profetismo.

El papa Francisco y la identidad misionera de la Iglesia

2. El papa Francisco ha impulsado desde el comienzo de su pontificado la identidad misionera de la Iglesia. La misión consiste en transmitir la fe como anuncio explícito y testimonio vivo del Evangelio, pero el papa Francisco se ha concentrado en la idea de la *misionariedad* de la Iglesia. Ésta es un elemento esencial de la comunidad cristiana y pertenece a su propia naturaleza e identidad, tal como afirma el Concilio Vaticano II, pues realmente la alegría de dar a conocer a Jesucristo apremia a los creyentes a llevar a cabo la Nueva Evangelización.

Los elementos fundamentales de la identidad misionera

3. Entre los elementos más destacables de la conciencia de la identidad misionera de la Iglesia, según el papa Francisco, podemos resaltar los siguientes:
- a. El anuncio de Cristo se hace desde la Iglesia y como Iglesia.
 - b. «El impulso misionero es una señal clara de la madurez de la comunidad eclesial»³.
 - c. La misionariedad es un aspecto esencial, programático y paradigmático de la vida de la Iglesia.
 - d. Todo cristiano debe ser testigo del Evangelio con fervor, alegría, coraje y esperanza para poder así anunciar a todos, el mensaje de Cristo.

2 COMISIÓN TEOLÓGICA DEL V CONGRESO AMERICANO MISIONERO, *I Simposio Internacional de Misionología. El Evangelio, fuente de reconciliación y comunión*, Conferencia Episcopal Boliviana – Obras Misionales Pontificias, La Paz, 2015 y COMISIÓN TEOLÓGICA DEL V CONGRESO AMERICANO MISIONERO, *II Simposio Internacional de Misionología. El Evangelio de la alegría impulsa la misión*, Conferencia Episcopal Boliviana – Obras Misionales Pontificias, La Paz, 2016. Ambas publicaciones están accesibles en la sección “documentos” de la página web: <http://www.vcambolivia.com/>

3 *Verbum Domini*, 95.

- e. El deseo de compartir esta experiencia de gran alegría es el impulso para la acción misionera de la Iglesia.
- f. Frente a los males presentes en el mundo en que vivimos, los creyentes somos misioneros, mediante el anuncio y el testimonio profético de los valores del Evangelio.
- g. Frente a toda crisis, especialmente la de valores, el Evangelio de Cristo es anuncio de esperanza, reconciliación, comunión y cercanía de Dios, que nos capacita para vencer el mal y conducirnos hacia el camino del bien.

La novedad magisterial del concepto de “misionariedad”

4. Es de destacar la importancia de que el papa introdujera en el número dos de su primer mensaje para la jornada mundial de las misiones 2013 la palabra “misionariedad”, asumiendo así un nuevo término, conocido ya en la teología de la misión⁴, pero no utilizado hasta ese momento en la doctrina de la Iglesia. Sin intentar hacer una definición del mismo, el papa Francisco se refería con ese término al “mandato confiado por Jesús a los Apóstoles de ser sus «testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8), no como un aspecto secundario de la vida cristiana, sino como un aspecto esencial: todos somos enviados por los senderos del mundo para caminar con nuestros hermanos, profesando y dando testimonio de nuestra fe en Cristo y convirtiéndonos en anunciadores de su Evangelio.” Con el término “misionariedad” el papa Francisco quiere mostrar al mundo una Iglesia no autorreferencial, descentrada de sí misma, una Iglesia en misión evangelizadora, una Iglesia que rompe sus fronteras, amplía los límites personales y geográficos de la fe y se orienta hacia el mundo entero y hacia sus múltiples periferias para anunciar la alegría del encuentro con Cristo mediante el Evangelio.

Los desafíos actuales para la Misión “Ad Gentes”

5. Siguiendo la orientación marcada por el Concilio Vaticano II, desde la *Gaudium et Spes* y con el decreto *Ad Gentes*, y la Conferencia de Aparecida del CELAM, la Iglesia se muestra esencialmente misionera cuando se abre a los desafíos del mundo contemporáneo para buscar las respuestas adecuadas desde el Evangelio y la Palabra de Dios. Somos conscientes de los grandes

4 Por ejemplo, cf. J. ESQUERDA BIFET, “La misionariedad de la Iglesia en América Latina, a la luz del discipulado evangélico” *Medellín*, 125 (2006) 99-120.

cambios rápidos y profundos que zarandean las culturas y las sociedades de esta época posmoderna, que, sometida y encandilada por las nuevas tecnologías, sigue sin resolver eficazmente problemas enquistados del hombre y del mundo. Entre estos retos nuestra Iglesia está preocupada especialmente por los siguientes grandes fenómenos de nuestro continente: La crisis de la familia con todos sus problemas derivados, el desprecio y la violencia contra la vida y la dignidad humana, la vulneración de los derechos humanos, el dominio económico de unos pocos que genera desempleo y pobreza, el panorama de injusticia y de falta de solidaridad que deja tras de sí el ser humano en la época del secularismo, la necesidad de cuidar a la Hermana Madre Tierra, la preocupante situación de desigualdad y de violencia a que está sometida la mujer, las migraciones, la situación de la población indígena, los aspectos sombríos y vergonzosos de la misma Iglesia, golpeada sobre todo por los escándalos de la pederastia, el descenso de las vocaciones sacerdotales, la modernidad débil y relativista así como la negatividad y la inmoralidad inherentes a dicha modernidad.

La participación del Pueblo de Dios en la preparación del V CAM

6. La consideración de todos estos puntos, con sus correspondientes orientaciones desde la fe cristiana han sido ampliamente tratados en las fases previas del Congreso, sobre todo, en los Simposios Internacionales y los Congresos nacionales misioneros ya mencionados. También se han realizado otras valiosas publicaciones en cada país acerca de estos temas en el itinerario de preparación del V CAM. A partir de todos esos trabajos y publicaciones la Conferencia Episcopal de Bolivia y las Obras Misionales Pontificias elaboraron el Instrumentum Laboris del V CAM que ha servido de base para los trabajos de las comunidades cristianas católicas que viven su sentido misionero en toda América, siguiendo la metodología habitual de la Iglesia: Ver, Juzgar y Actuar. El sondeo llevado a cabo en América recoge las aportaciones de los miembros activos de las iglesias con una muestra representativa de diez mil encuestas, con la cual se ha desarrollado una metodología de participación activa y plural de toda la Iglesia en los países de América⁵.

5 Los datos más significativos del sondeo aparecen en el libro del Congreso: COMISIÓN TEOLÓGICA DEL V CONGRESO AMERICANO MISIONERO, *V Congreso Americano Misionero En Vivo. América en Misión: El Evangelio es alegría*, Conferencia Episcopal Boliviana – Obras Misionales Pontificias, La Paz, 2018, pp. 75-162. Accesible en la sección “documentos” de la página web: <http://www.vcambolivia.com/>

La realización del V CAM, un encuentro de gracia para la Iglesia de América

7. La realización del V CAM ha sido, sin duda, un momento de gracia y de fiesta para la Iglesia en América, a través del cual se puede avivar la misionariedad de la comunidad católica para hacerse presente en las realidades del mundo con la fuerza transformadora y con la alegría del Evangelio, que nos impulsa a trabajar abriendo vías de comunión y de reconciliación en los ámbitos sociales y políticos, interreligiosos y eclesiales. Con sentido misionero y evangelizador y con audacia profética, este Congreso pretende fomentar a partir de ahora los cambios pertinentes en las actividades y en las estructuras eclesiales, de modo que esta Iglesia “en salida” responda con fidelidad a Dios en su misión abierta “Ad Gentes”, especialmente a los pobres y a los descartados, a los que no conocen ni a Cristo ni los valores que emanan del Evangelio y de la Alegría de su anuncio. En continuidad con el caminar misionero del continente, los Congresos Misioneros denominados CAMs-COMLAs se constituyeron en hitos importantes, pues van marcando un avance en la conciencia misionera de nuestras Iglesias e involucran a muchos sectores del Pueblo de Dios, porque la misión ha sido y sigue siendo una fuerza unificadora que asume todas las dimensiones de la vida pastoral. Para ello contamos con la mediación extraordinaria y el ejemplo testimonial de todos los santos y mártires del continente americano, entre los cuales se ha destacado como signo en este Congreso la primera santa boliviana, Nazaria Ignacia.

8. Las profundas e iluminadoras conferencias que han tenido lugar han sido las siguientes: La primera, “*La alegría Apasionante del Evangelio*”, a cargo de Mons. Guido Charbonneau (Honduras), la segunda, “*Anunciar el Evangelio al mundo de hoy*” a cargo de Mons. Santiago Silva (Chile), la tercera, “*Discípulos testigos de la comunión y de la reconciliación*” a cargo del P. Sergio Montes, S.J. (Bolivia), la cuarta, “*Misión Profética de la Iglesia hoy*” a cargo de Mons. Luis A. Castro (Colombia), y la quinta, “*Misión Ad gentes en América y desde América*”, por Mons. Vittorino Girardi (Costa Rica)⁶.

9. Además de las cinco Subasambleas para profundizar los temas de la mañana, se desarrollaron también doce talleres sobre los siguientes temas: Laicos y consagrados en la Misión; Misión, ecumenismo y diálogo interreligioso; Misión y Evangelización de la cultura –pueblos originarios, Misión y reconciliación;

6 Todas las ponencias han sido publicadas en su integridad en el libro del Congreso: COMISIÓN TEOLÓGICA DEL V CONGRESO AMERICANO MISIONERO, *V Congreso Americano Misionero En Vivo. América en Misión: El Evangelio es alegría*, Conferencia Episcopal Boliviana – Obras Misionales Pontificias, La Paz, 2018. Accesible en la sección “documentos” de la página web: <http://www.vcambolivia.com/>

Misión Ad Gentes en y desde América; Misión y Ecología, Familia Misionera; Misión y Catequesis; Nuevas formas de Cooperación Misionera; Jóvenes y Misión, Misión y Migrantes; Misión y Formación Sacerdotal – Fidei Donum. Los cuatro Conversatorios estuvieron dedicados a los temas: Nuevas perspectivas de la misionología; Comunicación y Misión; La Infancia y Adolescencia misionera; Misión y Pastoral Universitaria. De los cuales emanaron las propuestas de conversión misionera para la misión Ad gentes en América y desde América, así mismo en la Iglesia de América.

Las conclusiones del V Congreso Americano Misionero

10. A continuación, exponemos las conclusiones que emanan de la rica reflexión que ha ocupado nuestra atención y nuestras actividades desde la preparación hasta la celebración del *V Congreso Americano Misionero*. En las mismas recogemos las preocupaciones de la Iglesia ante los desafíos del mundo actual, las ideas maestras que han iluminado los temas tratados en el mismo y, finalmente, las propuestas de líneas de acción y de acciones concretas que pueden contribuir sobremedida con la fuerza del Espíritu a la renovación misionera de la Iglesia en América.

II. LA REALIDAD HUMANA COMO PUNTO DE PARTIDA DE LA MISIÓN

Riqueza sociocultural y simbólica en diálogo con el Evangelio

11. A nivel sociocultural se constata la gran riqueza cultural y lo que ésta ofrece como terreno en el que pueda ser sembrado el anuncio del Evangelio, aún cuando éste ya fue comunicado en una primera evangelización y como proyección para la misión en el mismo continente u otros. Los valores culturales, sus expresiones simbólicas, como también las prácticas concretas de usos y costumbres contienen dones para la humanidad que, bien asumidos y en diálogo con los valores del Reino, pueden ser una forma de expresión contextual del Evangelio, con notas de alegría, profecía y comunión.

Mirada interpelante a la realidad humana en América

12. Siguiendo las líneas maestras trazadas en el Concilio Vaticano II y teniendo en cuenta las consideraciones realizadas en los distintos momentos por el CELAM, especialmente en la última Asamblea de Aparecida (2007),

enumeramos a continuación las diferentes realidades y problemáticas que se han percibido como elementos fundamentales de carácter social, cultural, moral y económico en estos últimos años y que constituyen, a grandes rasgos, las debilidades y desafíos de la vida humana actual en el continente americano.

Los rostros y cuerpos sufrientes de los pobres y humillados

13. Las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano siempre han destacado los rostros y cuerpos lacerados de pobres y humillados de nuestro continente. La lista es extensa: pecadores, pobres, humillados, marginados socio-culturales, migrantes y trabajadores mal pagados, comunidades indígenas y afroamericanas; los rostros de niños sometidos a la pornografía y la prostitución, niños víctimas del aborto, portadores de graves enfermedades (*VIH* o *SIDA*, por ejemplo), personas con capacidades diferentes, analfabetos tecnológicos..., entre tantos otros. A estos rostros y cuerpos sufrientes hay que añadir los que actualmente nos conmueven: personas en situación de calle; migrantes; enfermos; adictos dependientes o tóxicos dependientes, y encarcelados (*DA*, n. 407-430). La Iglesia, Cuerpo de Cristo resucitado, está llamada a abrazar todos estos cuerpos crucificados cuyo drama no es quedarse en la periferia de los bienes y del crecimiento de la sociedad, sino haber quedado fuera del desarrollo integral como personas (*DA*, n. 65).

La constatación de cambios rápidos y profundos

14. En los primeros años del siglo XXI podemos constatar grandes cambios y profundos que se producen a gran velocidad, tal como ya afirmaba el Concilio Vaticano II (cf. GS 4). Las proporciones del cambio son mundiales y a la vez se convive con procesos más regionales, nacionales o locales. El documento de Aparecida (*DA*) recoge el concepto de globalización para referirse a este fenómeno y vincula su difusión a los amplios canales que los *mass media* establecen. Al mismo tiempo millones de personas empobrecidas están ajenas a la aparente globalización de la comunicación e información; la llamada brecha digital no es sólo generacional sino principalmente socioeconómica.

La crisis de la familia requiere la luz del evangelio

15. La crisis de la familia se manifiesta en la inconsistencia de los matrimonios, la provisionalidad del amor de la pareja hombre y mujer, la vida en concubinato, y abarca desde la desestructuración familiar y la desatención a

los ancianos hasta el vaciamiento del contenido mismo del concepto de matrimonio, al permitir ya en algunos países su utilización para regular la relación entre homosexuales.

La preocupación por la vida y la dignidad humana

16. En muchos países se establecen perversas redes de tráfico humano, narcotráfico y pornografía infantil, así como situaciones de violencia física, sexual y psicológica. El crimen y la inseguridad ciudadana están presentes de distintas formas en nuestras sociedades. Son también lacerantes las problemáticas que la migración forzosa, el desplazamiento por violencia o la situación de refugiados manifiestan como males de nuestra sociedad, a los que no responden las políticas estatales. Y no en último lugar hemos de mencionar, como gran atentado contra la vida humana, el aborto, cuya legalización en muchos países se ha generalizado y normalizado irresponsablemente.

El sistema económico vigente genera exclusión

17. El consumismo y la primacía de lo económico en el mundo globalizado tienden a generar grandes exclusiones. Se antepone el valor del dinero sobre la dignidad de la persona humana y sobre la creación entera. Se constatan situaciones de subempleo, desempleo y empleo informal como algo cotidiano en nuestras sociedades.

La preocupante situación de la mujer

18. Se constata la violencia a la que son sometidas muchas mujeres en distintos espacios sociales, la inequidad de condiciones en las que compiten con los varones o los prejuicios y sesgos machistas y patriarcales que dominan la sociedad. También en la Iglesia persisten formas de poder que infravaloran a la mujer y no permiten que sea verdadera protagonista de la misión de la Iglesia.

El cuidado necesario de la hermana madre tierra

19. El medio ambiente, la biodiversidad, el calentamiento global, la sobreexplotación de recursos naturales son temáticas que preocupan mucho y que tienen que ver con el cuidado de la *casa común*. El sistema económico provoca y promueve una depredación de los recursos de la creación, llegando incluso a amenazar la propia subsistencia del género humano.

Carencias en la vida política y democrática

20. Estamos muy lejos todavía de llegar a ser democracias verdaderamente participativas en el nivel económico. Son especialmente llamativas las problemáticas de abuso de poder de parte de algunos gobernantes y la ineficiencia de los sistemas de justicia. Una queja constante a lo largo del tiempo y de la geografía americana es la falta de justicia real para los más pobres y vulnerables.

Sombras alarmantes para la Iglesia

21. En cuanto cristianos nos preocupan muchísimo los escándalos de pedofilia y abusos sexuales perpetrados por miembros de gran responsabilidad en la Iglesia, los cuales, lejos de cumplir su misión como testigos fieles de Jesucristo, han golpeado profundamente a toda la Iglesia con un daño irreparable para las víctimas y para la misma Iglesia. Asimismo, el impacto negativo en las vocaciones sacerdotales y religiosas, la pérdida del sentido de lo trascendente, el insuficiente diálogo con las culturas antiguas y emergentes, y la existencia de una religiosidad difusa, individualista, mágica o ritualista, constituyen grandes preocupaciones de nuestra Iglesia actual.

La modernidad débil y relativista

22. En la sociedad laicista y secularizada predomina el afán de dinero, de poder y de placer, rechazando los principios morales y los mensajes religiosos. Predomina el “pensamiento débil”. Se ha producido un alarmante descenso de las vocaciones eclesíásticas y religiosas. También se acrecentó el secularismo llevando consigo un retroceso de la práctica religiosa y de las referencias cristianas en el comportamiento. Sin pretender demonizar el fenómeno de la secularización, cuyas aportaciones a los valores humanos, sociales y culturales son muy valiosas, aquí se destacan solamente las consecuencias negativas por la pérdida del sentido de la trascendencia divina en la vida de la persona y de la sociedad.

La persona vacía, fragmentada y despersonalizada

23. La persona, en muchos casos, es un sujeto llevado sólo por los estímulos, sin calado interior, interiormente vacía, fragmentada, como sin columna vertebral, sin principios y llena de traumas y complejos heredados y/o

asumidos, que se mueve sólo en las lógicas del resentimiento y la venganza, de la apatía y la indiferencia, de la insolidaridad y el egoísmo. El drama de nuestras sociedades es la progresiva «des-personalización» y la progresiva «individuación».

III. ANUNCIAR EL EVANGELIO AL MUNDO DE HOY

El Evangelio de Cristo, Muerto y Resucitado

24. El primer tema desarrollado en la iluminación teológica sobre las debilidades y desafíos en esta realidad americana es el “Evangelio”. Cuando Jesús Resucitado envía a los apóstoles a la misión lo hace con el mandato de ir por todo el mundo, de hacer discípulos, de bautizar y de enseñar todo cuanto él ha mandado (cfr. Mt 28,19-20), lo cual está contenido en los Evangelios. Pero, desde el comienzo de la Iglesia, el Evangelio originario del cristianismo es el anuncio de Cristo muerto y resucitado. San Pablo, en la carta a los Corintios, nos da una primitiva fórmula de fe cristiana o “kerigma”, a la cual él mismo denomina “el Evangelio”: “Les transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que ha sido resucitado al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas... (1Cor 15,3-5)”⁷.

Jesús, crucificado y resucitado, es el Señor

25. De la mano de Pablo y Pedro podemos seguir profundizando hasta decir que el Evangelio es el anuncio de que Jesús es el Señor⁸. Por eso Pablo escribe a los Romanos: “Esta es la palabra de fe que predicamos: que, si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios lo resucitó de los muertos, serás salvo” (Rom 10,8-9) [...] Y San Pedro lo anuncia a los judíos: “Sépalos bien todo Israel que, a este Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Mesías.» (Hch 2,36).

El Evangelio del Reinado de Dios

26. La comunidad cristiana primitiva vinculó el Evangelio de Dios directamente a la persona de Jesús y en los Evangelios incorporó el contenido del

7 Cf. IL 70.

8 Cf. IL 71.

mismo Evangelio a la predicación y a la actividad de Jesús, centrada en el anuncio de la cercanía del Reino de Dios⁹. El Evangelio, en cuanto es Buena Noticia, está relacionado estrechamente con el Reino de Dios. Al comienzo de su ministerio, saliendo del desierto, Jesús anuncia el Reino de Dios como la determinada y concreta Buena Noticia que viene de Dios: “Predicando el Evangelio de Dios y diciendo: Se ha cumplido el plazo y se ha acercado el Reino de Dios. Conviértanse y crean en el Evangelio” (cfr. Mc 1,14-15; Mt 4,17) [...] El Reino de Dios es prioridad absoluta para Cristo y sus apóstoles: “Busquen primero el Reino de Dios y su justicia, lo demás se les dará por añadidura” (Mt 6,33). Pero Jesús no sólo anuncia el “Reino de Dios” sino al “Dios del Reino”, es decir, no se anuncia a un Rey sino a un Padre que reina y quiere reinar como padre sobre sus hijos, que son hermanos unos de otros. El Reino que proclama el Hijo hecho hombre es la soberanía de Dios en cuanto Padre. De aquí que aceptar el Reino es hacerse hijo de Dios y hermano de los demás.

El dinamismo liberador de Jesús en el anuncio del Reino de Dios

27. El Reino de Dios se acerca a los seres humanos en primer lugar en la actividad liberadora de Jesús. Según el Evangelio de Marcos el anuncio del Reino (Mc 1,14-15), como don de Dios, es una realidad viva y dinámica, que nada ni nadie puede detener. Su definitiva proximidad es una propuesta abierta y universal para que la humanidad participe en la salvación que Dios le ofrece. Pero no dice el evangelio qué es el Reino, ni dónde está, ni en qué consiste. En todo caso es algo que es dado por Dios, pues se trata de una realidad que tiene en él su origen. Del contexto se puede deducir que el Reino está vinculado a la actividad liberadora de Jesús en favor de los oprimidos y excluidos, de los enfermos y marginados y en abierta oposición a las instituciones religiosas de su tiempo. La autoridad de Jesús puesta al servicio del hombre anula el poder de los dirigentes de la sinagoga y antepone la atención al ser humano necesitado al día sábado. Ese dinamismo liberador del hombre respecto a cualquier estructura opresora fue iniciado con la actuación de Jesús y es la fuerza imparable del Reino de Dios, que, como una semilla diminuta, va creciendo y desarrollándose en la historia sin que nadie sepa cómo.

9 Cf. IL 75.

La llamada a la conversión implica un cambio de mentalidad

28. El mandato contenido en el mensaje de Jesús: “Conviértanse y crean en el Evangelio” (Mc 1,15) es una llamada a la conversión. Creer en este evangelio es entrar en el Reino de Dios. La conversión conlleva principalmente un cambio de mentalidad, una visión nueva de la vida, del hombre y de la sociedad. Este cambio invita no sólo a creer en Dios, sino a creer que la persona de Jesús, su mensaje y su obra de liberación, su misión profética, su destino de muerte violenta e injusta y su esperanzadora vida nueva de la resurrección constituyen paradójicamente la singularísima y sorprendente Buena Noticia de la salvación para los seres humanos, pues en la acogida de su palabra, en la percepción de su presencia y en el seguimiento radical de sus pasos se vive el dinamismo del Reino de Dios. Jesús anuncia el Reino de Dios sobre todo con la entrega de su vida en Jerusalén. Jesús asumió libremente las consecuencias de su encarnación hasta la muerte en cruz, para regalarnos relaciones del todo nuevas, haciendo que su Padre sea para siempre «nuestro Padre». Pero el paso decisivo para convertirse en discípulo de Jesús y participar del Reino, no será otro que reconocer en Jesús al Hijo de Dios, cuando, como el centurión (Mc 15,39) contemplemos su muerte en la cruz. Sólo con esta reorientación de la mirada y de la perspectiva hacia Jesús en la cruz y, con él, hacia todas las víctimas de la injusticia y los sufrientes de este mundo se producirá en nosotros la auténtica *metanoia* o conversión que pide el Evangelio y permite entrar en el Reino de Dios ya en la historia presente.

Jesús crucificado y resucitado es el Evangelio de Dios

29. Sin embargo, Jesús es no sólo el Evangelizador sino el Evangelio mismo del Reino de Dios y creer en el evangelio es lo mismo que creer en Jesús (Mc 1,15). Este evangelio es de Dios, en cuanto se trata del cumplimiento de la promesa hecha por Isaías, cuyo autor es Dios (Is 40,12-31; 51,16; 61,2). Aquella promesa se realiza en Jesús de Nazaret, en cuanto Él es el Mesías que proclama y comienza el Reino de Dios y lo hace de la forma que compete al Hijo de Dios, es decir, como Dios oculto que se revela en la debilidad de la muerte de Jesús y suscita la fe hasta en los paganos, como el centurión (Mc 15,39). Esta es ya una novedad absoluta del Evangelio. Este Jesús ¡El Crucificado! es ya el Evangelio. Y después, al tercer día, Jesús resucitó con lo cual el Padre firma y sella aquella sorprendente, paradójica, inaudita e incomparable Buena Noticia. Jesús es “el Crucificado Resucitado”. Una Noticia tan singularmente Buena, excepcional y única, que la Biblia griega reservó la palabra

griega neutra, “el Evangelio”, exclusivamente para el anuncio de la persona de Jesús y de su muerte y resurrección como la cercanía y la presencia del Reino de Dios. La evangelización tiene un centro y un proyecto. El centro es Jesucristo en cuanto «Hijo de Dios», pues, por Él Dios reina como Padre. El proyecto es Jesucristo, pero en cuanto «Señor de la historia», porque todo en Él y por Él está llamado a alcanzar su plenitud para que, al final de los tiempos, todo vuelva al Padre.

El Reino de Dios, un don gratuito a los pobres

30. El Reino es don gratuito de Dios para todos los seres humanos y particularmente para los pobres (Mt 5,3) y para los pecadores. El aspecto tal vez más significativo que configura el anuncio de Jesús sobre la proximidad del Reino es concebirlo como don gratuito de Dios. Si la soberanía de Dios no depende de una actuación humana previa, resulta que esa soberanía está en principio ofrecida a todos, sean quienes sean y hagan lo que hagan. Así se explica no sólo que el Reino llegue primero a los pobres, sino también la predilección que los textos del Nuevo Testamento muestran por los pecadores.

El Reino de Dios y los discípulos

31. Asimismo, el Reino requiere discípulos, y discípulos del Hijo, pues sólo él construye un nuevo Pueblo donde Dios ejerce su soberanía de Padre bondadoso. Al transformar el pan en su Cuerpo que va a ser entregado y el vino en su Sangre que va a ser derramada, dispone al discípulo a lo que va a ocurrir en la cruz con los frutos de perdón y nuevas relaciones. El discípulo y la Iglesia se reconocen y alimentan de la mesa de la Eucaristía, sacramento o misterio de la Nueva alianza. Esta mesa es pacto de amistad y vida nueva, porque alimenta la nueva identidad o nuevas relaciones adquiridas por la enseñanza de Jesús (Galilea) y su entrega (Jerusalén).

La evangelización, fruto del encuentro con el Resucitado y de la vida comunitaria

32. La evangelización de Pablo se desarrolla en distintos momentos y con pluralidad de misioneros. Es pluriforme y polifónica con variadas formas y múltiples misioneros, pero todos discípulos de Jesús. La misión evangelizadora proviene del encuentro con el Resucitado, no cualquier encuentro, sino «con un acontecimiento, con una Persona» (*Deus caritas est*, nº 1) que cambia la

vida. La evangelización es el fruto de una comunidad en comunión que tiene por fuente el gozo de una misma experiencia: ¡Cristo ha resucitado y lo «hemos visto»! (Lc 24,33-35; Jn 20,18). De aquí dos consecuencias: la primera evangelización fue intracomunitaria, y el contenido de la evangelización consistía en ofrecer esa misma experiencia de comunión con el Señor y con los hermanos recibida en el encuentro con el Resucitado.

La evangelización en San Pablo: memoria, mimesis y misión

33. El encuentro con el Resucitado da lugar en la generación apostólica a tres movimientos indispensables para la evangelización: *a)- la memoria*, que consiste en mirar hacia atrás para recuperar la figura de Jesús, de lo que él hizo y dijo pero como fuente de sentido para sus vidas y la comunidad; *b)- la mimesis*, que consiste mirarse en Jesús, para seguir sus enseñanzas, imitar sus disposiciones y conductas, pero en las nuevas realidades a las que se enfrentaban; *c)- la misión*, que consiste en mirar hacia delante y, a la luz de cómo lo hizo Jesús, formular modelos innovados de misión que les sirvieran para anunciar a otros la Buena Noticia en el mundo que vivían. Conocimiento de Jesús, imitación e innovación misionera provocaban una evangelización en diálogo con las realidades que las comunidades vivían y, a la vez, mostraban un estilo alternativo de vivir, diverso al de la sociedad grecorromana, estilo que llamaba la atención. El contenido de la evangelización es una Persona: Jesucristo en cuanto Hijo de Dios y Salvador. Ofrecer y acompañar el encuentro con Él como acontecimiento fundante y generador de conductas nuevas es la labor de una comunidad evangelizadora. Conscientes del papel de la comunidad en el proceso de la fe, Pablo y sus grupos acompañan el *kerigma* con un trato interpersonal, caracterizado por el cariño y la preocupación por el otro. El *kerigma* se proclamaba a los mismos en diversas circunstancias, e incluía a la familia.

La evangelización, fuente de nuevas relaciones humanas

34. Con los que aceptaban a Cristo se formaban pequeñas comunidades. Allí se continuaba la catequesis, se celebraba la liturgia y se practicaban obras de solidaridad. La evangelización paulina tiene su centro en las nuevas relaciones que se reciben por la irrupción en la vida del misterio trinitario (la «justificación»). Ingresar a la comunidad del Resucitado, exige modos novedosos de relación: de «hermano» (1 Cor 1,11), «santo» (1 Cor 1,2) e «hijo de Dios» (Rom 8,16). Luego, los evangelizadores educan en las nuevas disposiciones y conductas que exigen las nuevas relaciones: consuelo; hospitalidad; orar unos

por otros; preocuparse por el bien de los demás; inclusión y participación de la mujer; atender a los pobres; compartir bienes; corrección fraterna, entre otras. Varias de estas eran sorprendentes para su tiempo, porque anulaban comportamientos comunes de la época como la venganza, la preocupación por el honor, el servilismo, la relación en base al poder.

La Iglesia Misionera, icono de la Santísima Trinidad

35. La Iglesia es *sacramento universal de salvación* y por ello es el lugar de la presencia y acción sacramental de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero si antes se decía que «fuera de la Iglesia no hay salvación» (*extra Ecclesiam nulla salus*), hoy se entiende que fuera de su estructura visible se encuentran «elementos de santidad y verdad que, como bienes propios de la Iglesia de Cristo, impelen hacia la unidad católica» (*Lumen gentium*, n° 8). El hecho de que la plenitud del misterio salvador de Cristo resida en la Iglesia no significa que fuera de ella no se encuentren destellos de salvación, lo que los padres llamaban «semillas del Verbo». La Iglesia es también *misterio de comunión y de vida*, de misericordia y de servicio en cuanto icono de la Trinidad. La Iglesia hace realidad por sus ministerios y carismas la obra salvadora del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, porque ella está creada a imagen de la Trinidad. La Iglesia, como Pueblo de Dios redimido, tiene la potestad y capacidad de ofrecer las mediaciones de encuentros con el Señor (Palabra, Sacramentos, Enseñanza...) que generan el discipulado misionero (*DA*, ns° 246-257). La Iglesia, con sus dones ministeriales y carismáticos, *es misionera* y está al servicio de la humanidad. Para esta misión se nos regala un triple ministerio con los sacramentos de iniciación cristiana: el profético, el sacerdotal y el real o gestor del Reino en el mundo. Anunciar a Jesús para que sea conocido es revelar y acompañar el proyecto salvador de «humanidad nueva» o «creatura nueva» que genera el encuentro con Cristo. La Iglesia para el mundo, sobre todo hoy, ha de ser escuela de humanidad.

El testimonio de vida de los misioneros

36. En esta sociedad, la primacía de la evangelización la tiene «el testimonio», ofrecido como fruto significativo del encuentro con el Resucitado (cfr. *Evangelii nuntiandi*, n° 41). Hoy es sobre todo el testimonio de comunión y de misericordia lo que «atrae» a otros a recorrer la hermosa aventura de la fe y hacer de Cristo el centro de sus vidas: «La Iglesia, como “comunidad de amor”, está llamada a reflejar la gloria del amor de Dios que es comunión y así atraer

a las personas y a los pueblos hacia Cristo. Por tanto, la comunión vivida con intensidad es por sí misma misionera: «La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí [...] La comunión es misionera y la misión es para la comunión» (DA, n° 163; ver ns°154-163).

IV. LA APASIONANTE ALEGRÍA DEL EVANGELIO

El encuentro con el Resucitado, fuente de alegría apasionante

37. La alegría de los discípulos y misioneros tiene su motivación más profunda en el encuentro personal con Cristo Resucitado (cf. Mt 28,9; Jn 20,20). Por ello, el aspecto fundamental de la alegría en el Nuevo Testamento es el encuentro con el Resucitado, fuente de la alegría apasionante de la vida cristiana. La aparición de Cristo Resucitado a las mujeres en Mt 28,9 y a los discípulos en Jerusalén revela la gran alegría por la resurrección de Cristo. Asimismo, el relato de los discípulos de Emaús que, tanto desde el punto de vista literario como teológico, gira en torno a la centralidad del mensaje que anuncia que “Jesús vive” (cfr. Lc 24,23), nos abre el camino para descubrir cómo se pasa de la tristeza a la gran alegría por el Resucitado. A partir de ese relato se pueden indicar varios ámbitos de la presencia del resucitado, que pueden iluminar toda realidad humana, especialmente las situaciones de decepción y de frustración de cualquier persona, hasta llevar a la plenitud de la alegría.

De la tristeza a la alegría en el encuentro con el Resucitado

38. En la escena del camino de Emaús la presencia de Jesús, el viviente, en el camino de la vida es una presencia desapercibida, pero no por ello menos real. Es una presencia discreta, misteriosa, que consuela, que interpela, que invita a la comunicación, al recuerdo, a hacer memoria. En el encuentro con el otro y con los otros, abierto al diálogo, va el Señor abriendo el corazón humano para pasar de la tristeza a la alegría. Lo primero que requiere el diálogo es el reconocimiento y la valoración del otro y de los otros, así como de su palabra. El camino “hacia Emaús” es el camino de la humanidad sufriente, decepcionada y deprimida, el lugar de la humanidad frustrada y desesperanzada. Y Jesús, el Viviente, sin que sepamos exactamente cómo, se ha acercado y es el compañero de aquellos discípulos y de todos los dolientes de la historia. Pero por esta presencia del Resucitado, incluso desapercibida, el corazón humano empieza a ponerse en ascuas y a palpitar a ritmo emocionado.

Junto a “los otros” en las periferias del mundo

39. Jesús, el resucitado, habiéndose acercado, “caminaba con ellos” (Lc 24,15). El Resucitado no se desentiende de este mundo, sino que se hace caminante solidario y enconradizo, para entablar diálogo con sus hermanos y reconducirlos a la vida y a la alegría. Como Jesús, también la Iglesia ha de ser mediadora de este encuentro y debe salir a las “periferias geográficas y existenciales” –como dice el papa Francisco-, para ir en busca de los alejados, de los diferentes y, sobre todo, de los excluidos y descartados en el ámbito eclesial, social y político. Y hay que dar la palabra a los “otros”, para que los desfavorecidos, los diferentes y los marginados puedan narrar su historia, contar sus hechos, sus preocupaciones, sus frustraciones y fracasos. Especialmente la palabra de las mujeres ha sido minusvalorada y desacreditada en la sociedad, sin embargo, su testimonio y su palabra constituyen la palabra más relevante de todo el texto de Emaús al anunciar a los discípulos el mensaje que ellas, a su vez, habían recibido en la tumba vacía, a saber, que *Cristo vive* (cfr. Lc 24,23).

La presencia del Resucitado en la Palabra compartida

40. La misión de la Iglesia consiste a todos los ámbitos de la vida humana, de manera especial en ir a los espacios de muerte, de decepción y de desesperanza, en ir al mundo del dolor y del desconsuelo, para oír y transmitir en el fondo de tanto sepulcro la gran palabra de la esperanza y la alegría que anuncia la vida que procede de Dios Padre. En el relato de Emaús mientras Jesús explicaba todo esto el corazón de los discípulos estaba ardiendo de alegría. Es la palabra de Jesús que comunica la gran alegría de la salvación. Esta alegría se produce por la presencia inaudita del Resucitado en la Palabra. Y toda la acción evangelizadora y misionera de la Iglesia debe apuntar a la presentación explícita del misterio de Jesucristo, pues de él hablan todas las Escrituras. Los evangelios relatan el camino de Jesús que nos invita a la entrega de la vida a favor de los demás. Y entre sus mensajes de alegría destaca el anuncio de las Bienaventuranzas, auténtica síntesis antológica de la alegría del Evangelio.

La “dicha”, plenitud de alegría en las bienaventuranzas

41. El Sermón de la montaña del evangelio de Mateo comienza con las bienaventuranzas (Mt 5,1-12) donde Jesús proclama la dicha del Reino de Dios como una propuesta de alegría, de alcance universal, que presenta a

los pobres de la tierra y a los que se hacen pobres por amor a Dios y al prójimo como los destinatarios primeros de la dicha propia del Reino. La palabra “dichoso” expresa una profunda alegría interior en la persona, que no depende de las circunstancias externas a la persona. Esa alegría no la puede quitar nada ni nadie, porque tiene su origen en Dios y su Reino; se puede vivir hasta en situaciones adversas o de sufrimiento y el motivo de la alegría es siempre, explícita o implícitamente, Dios. El Papa Francisco ha escrito en *Gaudete et Exsultate*: “La palabra “feliz”, o “bienaventurado”, pasa a ser sinónimo de “santo”, porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha” (GE 64). Las bienaventuranzas, por ser la dicha cuya fuente es Dios, constituyen el mejor fundamento de la “opción preferencial y evangélica por los pobres” en el mensaje de Jesús.

La alegría paradójica de las bienaventuranzas en Dios

42. Las bienaventuranzas contienen paradojas sagradas, especialmente en las primeras de Mateo en el sermón de la montaña y sus paralelos lucanos: en ellas hay afirmaciones fundamentales que revelan a los seres humanos en estados de severa dificultad, pobreza, aflicción, desamparo, hambre, sed, como destinatarios del Reino de Dios y de los bienes de consuelo, alegría y superación de las necesidades. También el favor de Dios tiene como destinatarios a todos aquellos que actúan con misericordia a favor de los necesitados, con limpieza de corazón, generando la paz en el mundo hasta asumir incluso la persecución por su fidelidad a la justicia de Dios. En todas las bienaventuranzas la alegría tiene su origen en Dios que es la verdadera causa de la “dicha” en plenitud y de la “santidad” de la que participan los seres humanos.

La gran alegría y la misericordia de Dios

43. La alegría del Evangelio está íntimamente vinculada a la misericordia de Dios Padre cuya manifestación más plena ha sido la entrega de su Hijo Jesús hasta dar la vida y resucitar de entre los muertos. Lo ha formulado espléndidamente el apóstol Pedro en su Primera Carta (1Pe 1,3-6). Asimismo, la revelación divina manifiesta la alegría del Padre en la parábola del hijo pródigo (Lc 15,32). En ella la conmoción del padre que “misericordea” culmina en un beso efusivo y en la fiesta que desencadena. Como el padre de la parábola del hijo pródigo, Jesús es también el Buen Pastor que experimenta la alegría cuando encuentra a la oveja perdida (Lc 15,5).

La alegría de las Bienaventuranzas es la alegría de la Pasión de Cristo

44. El amor de Cristo hasta la entrega de la vida en la Pasión es el que nos lleva desde *su* alegría a la plenitud de la alegría (Jn 15,13-14). “Nadie tiene amor más grande que quien da su vida por sus amigos: Ustedes son mis amigos” (Jn 15,13-14). El amor de Jesús consiste en exponer la vida a favor de los otros, tal como él hizo en la cruz. Ése es el amor que revela al Padre, y que constituye la alegría en plenitud para la vida humana. [...] La Primera carta de Pedro acentúa el tema de la alegría con la bienaventuranza dedicada a la Pasión de Cristo (1 Pe 4,12-13) [...]: “*Al contrario, estén alegres en la medida que tienen parte en la pasión de Cristo, de modo que, cuando se revele su gloria, gocen de la alegría desbordante*”. La adhesión a la persona de Cristo es lo que capacita a los creyentes para vivir como él y según él. [...]: haciendo el bien, como personas justas y confiando siempre en Dios (cf. 1 Pe 4,18.19; 2,23; 3,17-18). Es precisamente este sufrimiento el que ya lleva consigo, paradójicamente, la gloria y por tanto la dicha y la gran alegría de la bienaventuranza. De esta alegría es particularmente testigo todo misionero pues “Dios le concederá valor y fortaleza para que vea la abundancia de gozo que se encierra en la experiencia intensa de la tribulación y de la absoluta pobreza” (AG 24). Por ello Pedro proclama la dicha cristiana en medio del sufrimiento fundamentándola en que el Espíritu de la gloria reposa sobre los creyentes: “*Dichosos ustedes, si son injuriados por el nombre de Cristo, pues el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre ustedes*” (1 Pe 4,14).

La alegría procedente del amor sacrificial es el colmo de la alegría

45. También San Pablo anuncia la alegría de la fe en sus cartas, como un don del Espíritu en los creyentes, propiciado por el Evangelio y la acogida del mismo (1 Tes 1,6; 3,9). [...] La alegría es al mismo tiempo un fruto del amor, del sacrificio por los demás. El sacrificio personal conduce a la alegría cristiana. Creer en Cristo supone sufrir por Cristo (Flp 1,29-30). El sacrificio es la prueba del amor y por eso la alegría que de él se deriva es el colmo del amor. Por eso Cristo muerto y resucitado, el Señor, es el fundamento de la alegría y el Reino de Dios es definido por Pablo como justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo (cfr. Rom 14,17).

La alegría Eucarística por la presencia del Resucitado en el pan partido

46. La alegría cristiana tiene su culminación en la celebración eucarística¹⁰. En el relato de Emaús la celebración eucarística de la fracción del pan es la

10 Cf. IL 124-129.

presencia reconocida y gozosa del Resucitado en el mundo y constituye, tal como ha formulado reiteradamente el Concilio Vaticano II, la fuente y cumbre de la vida cristiana. La Eucaristía es “Pan partido para la vida del mundo”. Este gesto primordial de “partir el pan” revela en sí mismo la identidad profunda del crucificado y resucitado (Lc 24,35), recapitula todo su misterio y constituye el símbolo primordial de la vida de Cristo y de la Iglesia.

La alegría eucarística es exultante

47. De manera semejante en Hch 2,46 se indica que los creyentes partían el pan en las casas y compartían la comida con gran alegría y sencillez de corazón. La alegría de la Eucaristía es una alegría exultante, mesiánica, desbordante. Tras el encuentro con Jesús y el reconocimiento de su identidad, los discípulos de Emaús, llenos de alegría, experimentaron la liberación profunda que significa el paso de una vida sumergida en el absurdo, la frustración y la desesperanza a una conducta nueva, caracterizada por el testimonio gozoso de la presencia viva del Señor.

V. TESTIGOS DE LA COMUNIÓN Y DE LA RECONCILIACIÓN

La misericordia de Dios sobre el hombre en su situación de miseria

48. La misericordia es el rostro polifacético del amor de Dios ante la miseria del hombre, al cual Dios le ofrece la ayuda concreta y adecuada mediante sus misericordias, es decir, mediante sus obras concretas de misericordia. Y esa misericordia es la que Dios quiere también entre los seres humanos, tal como refleja la expresión de Oseas: “Misericordia quiero y no sacrificios” (Os 6,6; cf. Mt 9,13; 12,7; Mi 6,8; Is 58,6-10). Jesucristo es el rostro vivo de la misericordia del Padre (MV 1) y nos invita a poner en práctica la misericordia entre nosotros especialmente en la parábola del *buen Samaritano* (Lc 10,29-37). Ésta resalta la ejemplaridad de la misericordia en el que se hizo prójimo de aquel ser humano sumido en la miseria. “Misericordiar” consiste en volcar el corazón hacia el otro en situación de miseria y prestarle ayuda adecuada, oportuna y concreta. Es el amor que lleva consigo la valoración y el reconocimiento del otro, independientemente de su procedencia y de su identidad social, étnica, cultural o religiosa.

Testigos de comunión y de misericordia

49. Ser testigos de comunión y misericordia significa proponer la dimensión materna de la Iglesia mediante comunidades acogedoras, de cercanía afectuosa,

escucha y diálogo, que comparte y sale al encuentro de todos (DA, ns° 226,d; 272; 363). Ser testigos es rescatar la dimensión social de la vida cristiana, ocupándose de la dignidad humana, de la atención desinteresada de enfermos y pobres, ignorantes y marginados, migrantes y refugiados, víctimas de la violencia y encarcelados (DA, ns° 98; 105; 140; 275). También es exigencia de la vida en santidad, la que no se vive sino en diálogo con las necesidades del mundo. Hay que evangelizar «cristificando la corporalidad» por lo que hay que anunciar que Jesús es «el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre» (DA, n° 392) en quien «habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (Col 2,9).

La evangelización como encuentro de corporalidades

50. Pensemos, entonces, la evangelización como encuentros de rostros y corporalidades: la mía con la de Jesús. Pablo emplea el término «imagen» para explicar la transformación a la que está llamado el discípulo de Jesucristo quien es la «imagen de Dios invisible» (Col 1,15; 2 Cor 4,4). El cristiano, partícipe de la vida trinitaria por el Bautismo, ha dejado atrás «la imagen» del hombre terrenal, la del primer Adán, para reproducir «la imagen» del Hombre celestial, Jesucristo, nuevo Adán (Rm 8,29; 1 Cor 15,45.49), imagen a la que está llamado a adquirir en plenitud por la acción del Espíritu (2 Cor 3,18; DA, n° 27). Por Jesucristo, «imagen de Dios invisible», el discípulo «se despoja» del hombre viejo con sus obras y «se reviste» de una nueva corporalidad conforme a «la imagen de su Creador», para que Cristo sea todo en todos (Col 3,9-11). Un modo privilegiado de evangelizar hoy es mediante rostros y cuerpos transformados que se proponen como «iconografías del Resucitado» para revelar sus rasgos en medio de cuerpos desfigurados por el dolor y el vacío existencial que sin saberlo buscan plenitud para sus vidas. Más que discursos se requieren «imágenes» como las del que, por ser discípulo de Jesús, testimonian claramente alegría, paz, felicidad, solidaridad..., no porque lo dice, sino porque su rostro y su cuerpo lo expresan mediante la forma que saluda, conversa, gesticula, abraza..., es decir, mediante cómo se relaciona empleando su corporalidad como canal de comunicación. Se trata de rostros y cuerpos que visibilizan con claridad al Resucitado en medio de los rostros y cuerpos de nuestra sociedad.

Evangelizar, transformándose en imagen de Cristo

51. Esto significa que para evangelizar hay que transformarse en imagen de Cristo y comunicar corporalmente lo que Dios hace en mí y en su comunidad por su Hijo y la acción del Espíritu. Nuestra corporalidad se evangeliza cuando

en el encuentro con Cristo adquirimos progresivamente sus sentimientos y actitudes (Flp 2,5). Un rostro evangelizado es un «hombre nuevo» (Ef 2,15; 4,24) o una «criatura nueva» (2 Cor 5,17; Gál 6,15) que, transformado en imagen de Cristo, refleja por su corporalidad lo que el Resucitado hizo en él.

La familia protagonista de la Evangelización

52. Otra nota distintiva de la evangelización hoy debiera ser el protagonismo de las familias cristianas y de las comunidades eclesiales (DA, n. 432-437 y n. 178-180). Al igual que el discípulo está llamado a «corporalizar» a su Señor, las familias y comunidades a «encarnar» la Iglesia con sus dones, carismas y servicio. Su vocación es ser Iglesias domésticas. De este modo, familias y comunidades en quienes toda la Iglesia está presente, tienen la misión de irradiar el Rostro resucitado de su Cabeza, Jesucristo, y ponerse al servicio del mundo como sacramento de comunión y vida para todos.

Reconciliar en un mundo de violencia contra la mujer

53. América Latina (AL) es la región más violenta del mundo hacia las mujeres, tal como señala un informe de la ONU sobre las mujeres en 2017. Esta violencia tiene mayores índices en Centroamérica y México. Las tasas de femicidio en la región son las más altas del mundo. Según el informe, en 16 países de América Latina y el Caribe se registraron en 2016 un total de 1.831 asesinatos de mujeres frente a 1.661 en 2015. Acompaña a la violencia hacia las mujeres, una violencia social más amplia y que afecta a 42 ciudades de América Latina.

Reconciliar en un mundo de pobreza y desigualdad

54. A la violencia acompaña la pobreza y en algunas situaciones están íntimamente imbricadas. La CEPAL presentó este año el Panorama Social 2017 de AL y el Caribe, en el que se muestra que la pobreza extrema pasó de 8,2% en 2014 a un 10% en 2016. Mientras que la pobreza aumentó de 28,5% en 2014 a 30,7% en 2016. La desigualdad en los ingresos en la región (de acuerdo al coeficiente de Gini), pasó de 0,538 en 2002 a 0,467 en 2016, siendo la región más desigual del mundo.

Reconciliar en un mundo roto por la corrupción

55. Junto a tales problemáticas sociales de impacto en la región se da también la corrupción en muchos gobiernos, instituciones y empresas, tal como se

ha podido evidenciar en los últimos años. La corrupción constituye una gran dificultad para que la riqueza de los pueblos pueda beneficiar a más personas, debido a la ambición y a la codicia de muchos dirigentes sociales, políticos y económicos. Las democracias están atravesando dificultades muy amplias en su espectro (institucional, de representación, de control social y de ejercicio del poder), lo que ocasiona inestabilidad política y agudas crisis sociales y económicas que, como siempre, afectan más a los pobres, a los marginados, a los “descartables” por quienes intercede continuamente el papa Francisco.

Otras situaciones humanas clamorosas

56. Otras situaciones como el narcotráfico, el tráfico humano, la calidad de vida en salud y educación, o el fenómeno migratorio (con las indignantes imágenes y el llanto de los niños separados de sus padres en la frontera entre USA y México, recientes aún en la memoria), son clamores de la vida que nos invitan a una respuesta de fe. Una de las más sentidas son las crisis que se dan en las familias, desde la desintegración y el cambio de valores o la inestabilidad y crisis de sentido de las mismas. Los núcleos familiares, deben ser parte de un compromiso misionero para generar encuentros sanadores, reconciliadores y de defensa de la vida.

Realidades eclesiales que reclaman justicia

57. También a nivel eclesial tenemos tristes y dolorosas realidades que claman justicia como son las situaciones de abuso y pedofilia en distintas jurisdicciones eclesiásticas del continente, los escándalos sobre el uso del dinero. Todo ello nos está hablando de crisis de humanidad y no pueden ser ignoradas ni pueden transferirse responsabilidades exclusivas a determinadas instancias. Para un cristiano, la humanidad es su familia y el mundo su casa, pues comparte con toda persona humana (más allá de sus creencias y opciones) una condición que es don y creación de Dios. Las dificultades y problemáticas de la humanidad tienen que ser asunto de la labor misionera de la Iglesia, sea donde sea, porque, parafraseando a san Agustín, nada humano nos es ajeno.

El clamor de la Hermana Madre Tierra

58. Cada día vamos teniendo más conciencia (lo que no necesariamente signifique más acciones para el cambio) respecto de la crisis medioambiental global, con la contaminación de las aguas, el extractivismo secante de minera-

les, petróleo o gas; las deforestaciones que amenazan la biodiversidad y los ecosistemas, por lo que la vida humana también se ve amenazada, la contaminación del aire y las emisiones de gases que generan el efecto invernadero, así como la explotación irracional de la tierra y sus recursos para financiar la riqueza de unos cuantos en sociedades cada vez más consumistas.

La Misión reconciliadora de Cristo y de la Iglesia

59. La esperanza cristiana, frente a la historia y las historias, realiza su misión de reconciliación para recrear desde la justicia las rupturas que se presentan en nuestro mundo. Pues la sangre derramada por Jesús en la cruz es la que obra definitivamente la más profunda reconciliación entre Dios y humanidad, así como con la creación. Así nos señala el himno Cristológico de Colosenses (Col 1, 15-22): *“Él es la imagen del Dios invisible, primogénito de toda creatura. Porque por medio de él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; Tronos, Dominaciones, Principados o Potestades; todo ha sido creado por medio de él y para él. Él es anterior a todo y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo de la Iglesia; él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda plenitud, y por él quiso reconciliar todas las cosas consigo, haciendo la paz por la sangre de su cruz, con todos los seres, así del cielo como de la tierra. Y aunque ustedes antes estaban alejados y eran de ánimo hostil, ocupados en malas obras, sin embargo, ahora él los ha reconciliado en su cuerpo de carne, mediante su muerte, a fin de presentarse santos, sin mancha e irreprochables delante de él”*.

La reconciliación, consecuencia extraordinaria del perdón

60. La reconciliación con Dios y entre los seres humanos está directamente unida al perdón, pues es su consecuencia inmediata (IL 148-164). Pablo propone el evangelio de la reconciliación (Ef 6,15), que encuentra su raíz en 2 Cor 5,17-20: *“Donde hay un cristiano hay humanidad nueva; lo viejo ha pasado; miren, existe algo nuevo. Y todo esto es obra de Dios, que nos reconcilió consigo a través de Cristo y nos encomendó el servicio de la reconciliación... poniendo en nuestras manos el mensaje de la reconciliación... Por Cristo se lo pido, ¡déjense reconciliar con Dios!”*. La reconciliación fraterna presupone la reconciliación con Dios, fuente única de gracia y de perdón, que alcanza su expresión y realización en el sacramento de la penitencia que Dios nos

regala a través de la Iglesia. Mediante su Pasión, Muerte y Resurrección el Señor Jesús nos da el don de la reconciliación como obra del Espíritu Santo.

La misión de reconciliación en todas las dimensiones

61. La misión de reconciliación es hoy urgente, en sus múltiples dimensiones: con Dios, con la humanidad, con nosotros mismos y con la naturaleza, pues, como señala el Papa Francisco en la Encíclica *Laudato Si`*, hay una sola crisis socio ambiental: “No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza” (LS 139). “Pero hoy no podemos dejar de reconocer que un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres” (LS, 49).

La reconciliación en el seno de la comunidad eclesial

62. En el seno de la comunidad cristiana también es precisa y urgente una reconciliación que nazca del reconocernos pecadores e invitados continuamente a experimentar la misericordia de Dios que sana todas las heridas. En un mundo que pierde el sentido de Dios, debemos buscar una más profunda unión con Cristo en los misterios de su vida. Hay muchas víctimas que claman justicia frente a relaciones de poder que derivaron en abusos y han mellado el testimonio que deberíamos dar como personas creyentes en el Dios de Jesús. Y aún se mantienen roles y ejercicio de poder que son contrarios al mensaje del Evangelio porque pretenden privilegios, humillan a los pequeños del Reino de Dios o marginan el protagonismo de la mujer en la comunidad cristiana, cuando en todos los espacios de nuestras comunidades son ellas las que más participan, sirven, acogen y engendran a la vida de fe.

El perdón, verdadero camino de salvación

63. El perdón se practica en un proceso que lleva a la reconciliación. El perdón exige que, de una u otra forma, el agresor y la víctima recorran “de nuevo”, juntos, ahora de forma sana, la misma historia que acabó en desgracia por la agresión, o por el pecado. El perdón es un acto salvador que se opone al acto condenatorio, regenera al pecador, regenera a los otros y regenera el

tejido social donde se produjo el acto pecador. Sólo quien perdona salva de verdad y en plenitud. Perdonar supone sanar al pecador y, a la vez, debe sanar la realidad donde se produjo el pecado y debe sanar la realidad que fue dañada por el pecado. El Crucificado es el intermediario, libre de toda culpa e inocente, que actúa como reflejo, en el que queda reflejada la injusticia de la situación y actúa como juez y sentencia. Dictamina la injusticia de la situación, pero emite un juicio absolutorio al cual puede acogerse el culpable.

La práctica del perdón, camino hacia una nueva sociedad

64. No se puede transformar la sociedad si no se introduce en su seno la práctica del perdón. Ésta es una dimensión profundamente misionera del perdón. Sólo el perdón es capaz de recrear y regenerar lo destruido por el pecado. El castigo sólo es bueno si ayuda al pecador a reconocer las consecuencias de su pecado, a reconocerse pecador y, por tanto, a disponerse a pedir perdón. Por ello no tienen sentido en nuestros Estados ni la pena de muerte ni la cadena perpetua. Cristo en la cruz es el prójimo samaritano que nos perdona a todos los pecadores e intercede por nosotros ante el Padre poniendo fin a la cultura cainita de la aniquilación del otro y abriendo el camino de la cultura samaritana de la atención, regeneración y rehabilitación del otro.

La llamada de Dios a la Comunión universal

65. Siendo creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde (cf. LS, 89). Esta Comunión, perfilada desde la reconciliación con Dios, con la humanidad, con nosotros mismos y con la naturaleza exige un testimonio de misericordia por unos y por otros: “No puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos” (LS, 91). Ésta es la visión de una ecología integral que apunta a realizar la plenitud de Comunión de Vida en Dios. El deseo de Comunión, de que Dios sea todo en todo (1 Cor. 15, 28), se va materializando en nuestra vida presente cuando la unidad, la comunión de bienes para la humanidad, el respeto a la diferencia, la aceptación de opiniones diferentes, la diversidad de carismas, el servicio desinteresado más allá de nuestras creencias o el diálogo con otras culturas y religiones son las acciones que emprendemos con valentía y sin miedo por afincarnos en nuestras propias seguridades y certezas.

La “koinonía”, comunión con Dios, con la Iglesia y con los pobres

66. La plenitud de la reconciliación es la “koinonía” o comunión profunda espiritual y visible, con Dios y con los hermanos. A partir de la comunión con Dios, que se hace celebración en la Eucaristía, los creyentes estamos llamados a vivir la más profunda comunión con los hermanos de la comunidad eclesial, compartiendo la vida, los dones recibidos y los bienes, con ellos y con todos los pobres, sean éstos miembros o no de la comunidad cristiana. La *koinonía* o “comunión con Dios y con los hermanos” es la meta última de la misericordia y de la reconciliación. La *koinonía* es solidaridad en el compartir los bienes en la comunidad (Hch 2,42) y con los pobres, cercanos y lejanos, tal como se expresa en la línea maestra de la evangelización de nuestro continente mediante la opción preferencial y evangélica por los pobres, cuyo argumento teológico y cristológico fundamental se encuentra en 2Cor 8,9: “Cristo se hizo pobre por nosotros”.

El fundamento cristológico de la opción preferencial y evangélica por los pobres

67. Como el mismo Jesús se identifica con los que sufren (Mt 25,31-46), el servicio a los pobres «es una dimensión constitutiva de nuestra fe» por lo que la opción por ellos está implícita en la fe cristológica; de aquí se deduce –por un lado– que la adhesión a Jesús «nos hace amigos de los pobres, y solidarios con su destino» y –por otro– que el servicio a ellos es servicio al Señor crucificado que, en ellos y por ellos, anhela adquirir los rasgos propios del Resucitado que humaniza y da dignidad (*DA*, n. 257 y 392-393). Así como los primeros discípulos testimoniaban su fe siendo solidarios en tiempos de guerras, hambrunas, pestes..., así la Iglesia que vive e irradia los rasgos del Resucitado debe salir al encuentro, por exigencia de su misma fe, de los rostros y cuerpos marcados con los rasgos ensangrentados del Crucificado.

El dinamismo de liberación integral, de humanización y de reconciliación

68. Estos rasgos desafían al evangelizador por cuanto el Resucitado clama que nos acerquemos con amor solícito para liberarlos y devolverles la vida. La evangelización más que nunca tiene que ser propuesta de humanización integral para estos rostros que están lejos de reproducir la imagen del hombre perfecto, Jesucristo. Por esto, no podemos concebir el anuncio de Cristo sin que sea fuente de un «dinamismo de liberación integral, de humanización, de reconciliación y de inserción social» (*DA*, n. 359). El conocimiento y la vivencia de

la *Doctrina Social de la Iglesia* es fundamental para formar las conciencias y ayudar a construir sociedades y economías al servicio del desarrollo integral de las personas (DA, n. 99f; 395; 505).

La comunión Eucarística, máxima expresión de la *koinonía*

69. La *koinonía* tiene su origen en Dios que nos llama a vivir en estrecha e íntima comunión y alianza con Cristo (cf. 1Cor 1,9). Esta relación de amor profundo es manifestación de la fidelidad de Dios en su amor a los seres humanos, que tiene en la comunión eucarística su máxima expresión (1Cor 10,16). Por eso la comunión en la fracción del pan es participar del Espíritu de unidad, de fraternidad y de entrega, que se deriva del cuerpo y de la sangre de Cristo en la Eucaristía, es compartir el Espíritu eucarístico de sacrificio en la entrega de la vida a los demás y es vivir la solidaridad con los necesitados y con los pobres hasta las últimas consecuencias. Asimismo, la *koinonía* es una llamada a compartir la pasión y resurrección de Cristo, lo cual significa para los creyentes que hemos de estar dispuestos a asumir y a transformar todo sufrimiento en oportunidad de gracia para amar y hacer el bien a los demás, con espíritu de verdadero sacrificio espiritual (cf. Heb 13,16), como Cristo hizo en su Pasión.

VI. MISIÓN PROFÉTICA DE LA IGLESIA EN LA ACTUALIDAD

La identidad profética del creyente católico

70. En virtud del Bautismo todo creyente participa de la Misión profética de parte de Dios, que nace del encuentro personal con Dios. Entre Dios y el profeta tiene lugar un encuentro maravilloso, un encuentro de amor, un encuentro personal, de persona a persona, mediante el cual el profeta recibe un encargo que lo saca de sí mismo y lo pone a mirar hacia adelante con una misión de beneficiar a la humanidad y específicamente para buscar al que está perdido, sea éste persona o pueblo. Etimológicamente un “profeta” significa la persona que habla claro en nombre de Dios, delante de otros y orientado al futuro. El profetismo es ante todo dedicación a la Palabra de Dios. El primado de la Palabra es para transmitir el mensaje de Dios al pueblo. El profeta hace uso de tres medios: la palabra hablada, la palabra escrita y la acción simbólica. En aras de la claridad, el profeta, ayer y hoy, se hace ante todo discípulo para ser iluminado en contacto con el pueblo y con Dios. Antes de ser maestro el profeta es discípulo y tiene una sensibilidad especial por las exigencias de la justicia hacia las periferias.

Profetas de la justicia y de la misericordia

71. Hay en el profeta una sensibilidad especial por las exigencias de la justicia hacia las periferias. El primero de los profetas del Antiguo Testamento que pusieron por escrito su mensaje fue Amós, en cierto modo, paradigma de todos los profetas. Él da a conocer los sentimientos de Dios que rechaza un culto aislado de la vida, una liturgia separada de la justicia, una fe despojada de obras. Por eso, su palabra es dura y clara: “Yo detesto, rechazo sus fiestas. Aparten de mí el ronroneo de sus canciones, no quiero oír la salmodia de sus arpas. Que fluya sí el derecho como agua y la justicia como arroyo perenne (Amós 5,21-22.24). Estas dos palabras de Amós, *Mispat* y *Sedaqá*, Derecho y Justicia, parecen dos expresiones iguales, como dos sinónimos y a veces así son usadas en la Biblia. Pero, en realidad, estos dos términos expresan realidades diferentes: *Mispat* es la justicia aplicada rectamente por el juez según lo determinan las leyes, sin excepciones, con todo su peso y su rigor. *Sedaqá* es la justicia aplicada por el justo el cual tiende a modificar la estrecha justicia añadiéndole ese tanto de misericordia que le impida transformarse en injuria. En la parábola del hijo pródigo, el hermano mayor pedía estricta justicia (*Mispat*); el papá en cambio juntaba la justicia con la misericordia (*Sedaqá*).

Misión y profetismo centrados en Jesucristo y en el Reino de Dios

72. El ministerio profético sigue siendo necesario hoy como lo fue en el pasado. Por eso, necesitamos evocar al profeta por antonomasia: Jesús de Nazaret. Él es el profeta –y más que profeta–, que puso en práctica de la manera más radical los principales elementos del ministerio y de la imaginación profética. El profetismo y el testimonio del discípulo misionero se insertan en el proyecto de Jesucristo, que es instaurar el Reino de Dios y de su amor en los corazones humanos y en las relaciones sociales (IL 172-179). El comienzo de la novedad de vida que el Reino lleva consigo se hace patente en la palabra y en las obras de Jesús, pero alcanza su culmen y su plenitud en la cruz gloriosa del Señor, en su muerte y resurrección, donde el Reinado de Dios ya ha llegado a los hombres con potencia (cf. Mc 9,1). El profetismo y el testimonio cristiano, desde una Iglesia misionera, se orienta hacia el Reino de Dios: El Papa Francisco lo ha expresado formidablemente: “El eclesio-centrismo se previene y se cura con el remedio de centrarse en la misión: poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres” (EG 97). “La sociedad tiene necesidad

de testigos en todos los campos: artistas, científicos, trabajadores, especialistas, profesores, padres y madres etc.” (cf. Documento de Aparecida 496).

La Opción preferencial y evangélica por los pobres en una Iglesia profética

73. Uno de los aspectos trascendentales de la Iglesia posconciliar en América ha sido y sigue siendo la opción preferencial y evangélica por los pobres. Aparecida destaca que Jesús está presente en los más necesitados¹¹ y pone su énfasis en los pobres: “Para la Iglesia, la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica”¹². “Por eso [dice el Papa] quiero una Iglesia pobre para los pobres”¹³ y “La necesidad de resolver las causas estructurales de la pobreza no puede esperar”¹⁴. Es indispensable prestar atención para estar cerca de las nuevas formas de pobreza y fragilidad¹⁵ y afrontar proféticamente la cuestión de la dignidad humana y el fenómeno de la migración, los problemas ecológicos y la situación de las personas mayores.

La opción por los pobres procede del mismo Jesús

74. Esta opción por los pobres procede de Jesús. Los pobres son los primeros destinatarios del Evangelio de Jesucristo (Lc 4,16-30). Jesús asume la misión profética de Is 61,1-3 y la interpreta en un sentido universal de liberación de los pobres y oprimidos. La misión de los discípulos es la misma que la de Jesús y consiste en anunciar a todos los abatidos la cercanía del Reinado de Dios, esto es, comunicar que los últimos, los marginados, los pobres y los indigentes son los predilectos del amor de Dios y ocupan el primer puesto en la misericordia divina. Jesús les enseña que la entrega propia de la vida misionera debe caracterizarse por la gratuidad, la pobreza asumida y la libertad para la misión, por la valentía, el coraje y la confianza en Dios ante las dificultades y por una radicalidad extrema en la fidelidad al Reino de Dios (cf. Mt 10,1-42). Uno de los retos más urgentes que hoy tiene nuestro mundo es derribar los muros de la exclusión social, de la explotación económica, de la injusticia estructural y del racismo xenófobo.

11 Cf. *Documento de Aparecida*, 31.

12 *Evangelii Gaudium*, 198.

13 *Evangelii Gaudium*, 198-199.

14 *Evangelii Gaudium*, 200.

15 Cf. *Evangelii Gaudium*, 210-215.

La misión de la Iglesia es hacer discípulos y seguidores de Jesús

75. En el final del Evangelio de San Mateo (Mt 28,16-20) Jesús Resucitado se aparece a los Once discípulos para encomendarles la misión definitiva y universal. El encargo misional de Jesús consta sólo de un imperativo: “Hagan discípulos a todos los pueblos”. El mandato no tiene fronteras, es un envío de carácter universal, que impulsará a los enviados a convertir en discípulos a todas las gentes y pueblos, a todas las etnias y culturas, para hacer una sola familia humana en torno al único Dios y Padre de Jesucristo. Hacer discípulos consiste en dar a conocer a Jesús para hacer que otros lo sigan. Para ello deben aprender el nuevo estilo de vida propuesto por Jesús y estar dispuestos a seguirlo hasta la cruz siendo testigos y misioneros de la paz, de la alegría y del perdón en el mundo (cf. Jn 20,19-23).

Los principios y tareas de la misión según *Ad Gentes*

76. Con este gran sentido misionero el objetivo del decreto conciliar “*Ad Gentes*” era delinear los principios de la actividad misional. En *Ad Gentes* se destacan las ideas de Dios Trinidad que llama a la gratuidad, a la encarnación y a la interioridad, la de la Iglesia como misterio de comunión y de la actividad misionera. Entre los grandes principios destaca el de la inculturación¹⁶, según el cual, manteniendo la fidelidad a la Palabra, se debe hacer una iluminación crítica de las costumbres, del sentido de la vida y del orden social, con gran respeto a las culturas. Se distinguen tres tareas: la acción misionera con los no cristianos; la acción ecuménica con los no católicos; y la acción pastoral con los católicos¹⁷ (cf. AG 6).

La llamada a la conversión misionera y profética de la Iglesia

77. A partir de *Ad Gentes* se han ido sucediendo documentos eclesiales¹⁸ de gran relevancia para la misión: Desde Medellín (1968) hasta Aparecida (2007) con la creación del Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización (2010) y la publicación *Evangelii Gaudium* del Papa Francisco (2013) se ha ido madurando como una llamada a la conversión misionera de la Iglesia. El

16 Cf. AG 22.

17 Cf. AG 6.

18 Documentos Misioneros de la Santa Sede: *Apostolicam actuositates* (1965), *Evangelii nuntiandi* (1975), *Redemptoris Missio* (1990), *Cooperatio missionalis* (1998), *Evangelii Gaudium* (2013)

profeta es una persona llamada y enviada para transmitir la Palabra que él ha recibido; su tarea consiste en captarla, interpretarla, formularla y comunicarla al oyente. Lo específico del profetismo es el contacto inmediato con Dios que envía a presentar un mensaje peculiar y concreto para un tiempo y una situación determinada. Se ha de hacer un programa misionero para orientar a la Iglesia a salir a la calle y llegar a las periferias con el anuncio del Evangelio.

Una Iglesia de diálogo entre la fe y la razón, la ciencia y las culturas

78. Otro aspecto esencial para evangelizar hoy es el diálogo entre la fe y la razón, las ciencias, las culturas, y entre la fe que anunciamos y los múltiples sentidos que aportan los hombres contemporáneos, ansiosos de un sentido unitario y pleno para sus vidas. La sabia articulación entre el anuncio de Jesucristo y el diálogo con las culturas es un don del Espíritu, constitutivo de la evangelización (DA, n. 237; cfr. n. 465-466; 497,b). «Los discípulos, quienes por esencia somos misioneros en virtud del Bautismo y la Confirmación, nos formamos con un corazón universal, abierto a todas las culturas y a todas las verdades, cultivando nuestra capacidad de contacto humano y de diálogo» (DA, n. 377; cfr. n. 283; 363).

Misioneros e interlocutores con los otros

79. Nos corresponde, por tanto, «ser interlocutores» para el diálogo evangelizador con la sociedad y sus culturas, que también nosotros vivimos, y en las que estamos llamados a testimoniar a Cristo (Pablo VI, *Ecclesiam suam*, n° 63). «Interlocutores» como los padres de la Iglesia que llevaron adelante con lucidez el diálogo de fe con sus contemporáneos en lenguajes y categorías de pensamiento que entendieran, suscitando la pregunta por Dios y el sentido último de la vida. «Interlocutores» que no tratan a los demás como un «objeto» o «destinatario» del mensaje, sino que dialogan con ellos a partir de sus propias búsquedas, como Pablo a los atenienses (Hech 17,23). Esta evangelización considera la historia personal y social como «lugar teológico» de la presencia y acción de Dios, y requiere de empatía, de mirada cordial y conciencia crítica de las situaciones, sean las que sean.

Protagonismo de los laicos en una comunidad misionera y ministerial

80. Si la Iglesia se entiende a sí misma como comunidad de discípulos misioneros enviada a anunciar el Evangelio, la evangelización no puede ser

compromiso exclusivo del clero y de los consagrados (*DA*, nº 209), los cuales ejercen su misión profética mediante su ministerio y mediante su estado de vida de consagración plena a Dios y a su Reino. Los laicos, por su parte, tanto en las diócesis, como en las parroquias y comunidades no son destinatarios de la acción misionera de los que han recibido el sacramento del Orden, sino que por ser bautizados y confirmados les corresponde en propiedad la misión de la Iglesia que extiende la misión de Cristo. A los laicos, por tanto, les incumbe la misión de la Iglesia insertos en las complejas y variables realidades tanto del ámbito doméstico (familia, trabajo, vecindarios) como de los ámbitos social, económico y político, donde se toman las decisiones de la vida ciudadana y del bien común (*DA*, n. 501-508). La labor evangelizadora como el ámbito donde se realiza requiere de laicos con sólida formación doctrinal, pastoral, espiritual y misionera.

Protagonismo corresponsable de las mujeres en las decisiones, actividades y ministerios evangelizadores

81. Además de contar con la confianza de sus pastores, los laicos deben tener la autonomía necesaria, los ministerios y encargos que les permitan vivir, insertos en mundo, sus compromisos de discípulos misioneros de manera responsable (*DA*, nº 211). Particularmente las mujeres no pueden seguir ocupando un segundo o tercer lugar en la Iglesia (*DA*, nº 213), sino que por identidad y misión deben tener parte activa en las decisiones, elaboración y ejecución de la evangelización. Abrir estos espacios eclesiales no es un favor que se concede, sino exigencia de su identidad de laicas bautizadas. Sin un laicado formado, partícipe de la ministerialidad y carismas de la Iglesia para poder actuar «como verdadero sujeto eclesial y competente interlocutor entre la Iglesia y la sociedad, y la sociedad y la Iglesia» no será posible una nueva evangelización (*DA*, n. 497a).

VII. PROPUESTAS CONCLUSIVAS DE CONVERSIÓN MISIONERA PARA LA MISIÓN AD GENTES EN AMÉRICA Y DESDE AMÉRICA

1º LA MISIÓN AD GENTES EN Y DESDE AMÉRICA

Jesucristo, el Enviado del Padre en el Espíritu

82. El autor de la Carta a los Hebreos nos invita a tener fija la mirada en Cristo Jesús (cfr Heb 12, 2). Es lo que queremos hacer para introducir nuestras

reflexiones acerca de la “Misión *Ad Gentes* en y desde América”. El amor de Dios Trinidad se ha hecho envío en Jesús. Y lo que marcó constantemente la autoconciencia de Jesús y su actuar ha sido precisamente el hecho fundamental de “sentirse enviado”. Sólo en el cuarto Evangelio, este título (Enviado), de forma directa o indirecta aparece unas cuarenta veces. Es el título que más expresa su conciencia. Cuando, sirviéndose del texto de Isaías 61, 1ss, Jesús se autopresenta en la sinagoga de Nazaret, afirma que el Espíritu del Señor lo ha enviado a dar la buena noticia a los pobres (cfr Lc 4, 18). Cristo se siente ante todo el Enviado por el Padre en el Espíritu para realizar el proyecto salvífico madurado en el Corazón del Misterio trinitario. Jesucristo todo lo vive y todo lo asume en función de lo que Él es y se autopercebe, a saber, como el Enviado (Misionero). Jesús es servidor del anuncio del misterio del amor infinito de Dios-Trinidad “que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tim 2, 4). La Misión es su suprema diaconía.

La Iglesia es Misión

83. Según el Evangelista San Juan, las últimas palabras de Jesús en la cruz fueron: “Todo está cumplido” (Jn 19, 30). El plan salvífico de Dios ha llegado así a su consumación en el Misterio Pascual de Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. La acción misionera, como acción salvífica, no comienza con la Iglesia, sino que propiamente la misma Iglesia nace de la Misión y prolonga en el tiempo y en el espacio, en cuanto que “Sacramento Universal de Salvación” (AG 5) la acción de Dios Trinidad. La misión salvífica brota de la acción de Cristo y del Espíritu Santo teniendo en el amor del Padre su origen primero (cfr AG 2). El amor “hasta el extremo” que Cristo nos manifiesta, es el mismo amor del Padre que lo ha enviado al mundo, por el impulso del Espíritu. La misión no comienza con la Iglesia, sino que ésta, la Iglesia, se pone a disposición de la Misión, constituida ella misma en misión ¡La Iglesia es misión! La actividad misionera representa aún hoy día el mayor desafío de la Iglesia y la causa misionera debe ser la primera pues la salida misionera es el “paradigma de toda obra de la Iglesia” (EG 15).

La humanidad entera es el campo inmenso de la única misión global

84. Hay pues, estudiosos de misionología que consideran, debido especialmente a los fenómenos complejos de la globalización y de las migraciones, que no cabe ya distinguir las misiones dentro de la única misión de la Iglesia. Ya no

sería de ninguna utilidad tal distinción. Como hay un único Dios que quiere la salvación de todos, así hay una única Iglesia, servidora del Reino, sacramento universal de salvación, cuya vida es misión. Ya no habría misiones extranjeras, ni países o territorio de misión: la humanidad entera es el campo inmenso de la única misión de la Iglesia. Es una misión global que nos lleva a afrontar un sistema que mata con hambre, que mata con guerra, que mata al planeta y nos mata dentro de él.

La misión en América

85. En América conviene tener presente lo que nos dicen nuestros Pastores reunidos en Aparecida (2007) y lo que ya se había afirmado en las anteriores asambleas de Puebla (1979) y de Santo Domingo (1992). La situación es de extrema urgencia: la población latinoamericana desde 1974 al 2004 ha aumentado sorprendentemente un 80%, mientras que los presbíteros sólo un 40% y las religiosas un 10 %, sin olvidar que los religiosos, presbíteros o hermanos, han disminuido un 26%... Muchos de estos religiosos llegaban de Europa y en los últimos años no hay jóvenes misioneros que los sustituyan. Además, hay otra realidad que nos cuestiona profunda y dolorosamente y que no nos debe dejar indiferentes...Después de 500 años de presencia y de evangelización de la Iglesia en América, desafortunadamente aún no ha surgido una Iglesia de rostro Amerindio, con una jerarquía propia y vida consagrada.

La vocación a la santidad en el compromiso misionero

86. Para madurar la vocación misionera *Ad Gentes* hay que entrar en la lógica cristiana de lo más, de lo mejor, de lo máximo. Mediocridad cristiana y compromiso misionero no son compatibles, como recuerda el Papa Francisco en *Gaudete et Exsultate*: “Dios nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada (1). “A cada uno de nosotros el Señor nos eligió para que “fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor” (Ef 1, 4). Se trata de un anhelo de santidad que está en imprescindible conexión con el compromiso misionero”. Y añade: “la santidad es *parresía*: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo [...] Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, todo esto se incluye en el vocablo *parresía*, palabra con que la Biblia expresa también la libertad de una existencia que está abierta porque se encuentra disponible para Dios y para los demás.

La misión desde América

87. Es sorprendente lo que afirma el Decreto *Ad Gentes* en un luminoso texto de espiritualidad misionera: “En una vida realmente evangélica, el misionero, con mucha paciencia, con longanimidad, con suavidad, con caridad sincera, da testimonio del Señor, si es necesario, hasta el derramamiento de la sangre. Pedirá a Dios fortaleza y valor para conocer la abundancia del gozo que se encuentra en la experiencia intensa de la tribulación” (AG 24, 2). En la medida en que en nuestro continente tengamos cristianos que se abran valientemente a la “seducción” de Cristo, crucificado y vivo, es decir, al fuerte atractivo de la contemplación de su Rostro, se hará realidad lo que afirma el documento de Puebla: “ha llegado la hora de intensificar los servicios mutuos entre Iglesias particulares y de proyectarse más allá de nuestra propia frontera *ad gentes*. Es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros. Pero debemos dar desde nuestra pobreza. Por otra parte, nuestras iglesias pueden ofrecer algo original e importante: su sentido de la salvación y de la liberación, la riqueza de su religiosidad popular, la floración de sus ministerios, su esperanza y la alegría de su fe” (DA 368).

La dulce y confortadora alegría de evangelizar

88. Los documentos de Santo Domingo (1992) y de Aparecida (2007) reconocen que se ha ido difundiendo en nuestro continente una mayor conciencia del compromiso misionero *ad gentes*, pero añaden que “es preciso que entremos en una nueva primavera de la misión *ad-inter gentes*” (DA 379). “Recobremos pues el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo –como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia– con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá que el mundo actual -que busca a veces con angustia, a veces con esperanza- pueda así recibir el Evangelio a través de ministros del Evangelio cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo” (EN 80 y DA 552). Nos ayude la compañía siempre cercana, llena de comprensión y ternura, de María santísima. Ella, Estrella de la Evangelización, Reina de las Misiones, Nuestra Señora de la Visitación, nos enseñe a salir de nosotros mismos y a mantenernos fieles en el camino de la misión, el camino de amor, de sacrificio y de alegre servicio.

2º PROPUESTAS DE CONVERSIÓN MISIONERA EN LA IGLESIA AMERICANA

Educación en la alegría del Resucitado y de las Bienaventuranzas

89. Es preciso potenciar al máximo entre los servidores de la Palabra de Dios, el conocimiento y la profundización en el misterio central de la fe cristiana, que es el Misterio Pascual de la muerte y resurrección de Jesús y compartir sistemáticamente con nuestro Pueblo la preeminencia del mensaje de las Bienaventuranzas (IL 236-259), que constituyen la verdadera antología del Evangelio y que resumen la alegría de todo el mensaje cristiano y de los valores del Reino de Dios y su justicia, fomentando la opción preferencial por los pobres y la creación de espacios de atención a los que sufren y a los excluidos.

Salir a las periferias del mundo para ir al encuentro de los “otros”

90. Es preciso fomentar espacios de diálogo y de alegría en nuestras comunidades e ir a las periferias del dolor, de la marginación y de la pobreza. Crear medios, métodos e instrumentos para ir a los alejados de la fe y transmitirles la alegría del Evangelio con un corazón abierto a la universalidad, especialmente en medio del sufrimiento. Avivar el sentido *Ad Gentes* e ir con la alegría del Evangelio al encuentro de las culturas y de la cultura, de la diversidad cultural de nuestros pueblos y del crecimiento cultural de nuestras gentes, con una atención particular al mundo indígena, a los sectores de población de los inmigrantes, de todas las víctimas de la violencia y de la droga. Siempre con el método específico y valores propios del Evangelio que impulsa el diálogo fraternal, la escucha de los “otros”, de los diferentes y los que sufren, hay que hacerse presente en los ambientes culturales y generadores de cultura, en las universidades e instituciones educativas, así como en los medios de comunicación y en las redes sociales de comunicación.

Fomentar el conocimiento de la Biblia y de los Evangelios

91. Se propone promover el conocimiento de la Biblia y especialmente de los Evangelios como fuente de renovación cultural, de encuentro entre culturas y pueblos y como camino de paz entre las diversas religiones, y buscar un espacio público, abierto y plural desde el punto de vista teológico en la Universidad pública de los países de América (IL 267-270). Asimismo, se propone crear escuelas interparroquiales misioneras para fomentar sistemáticamente el

conocimiento y la difusión de la Biblia como Palabra viva y permanente de Dios que regenera la vida. También se deben instaurar catequesis bíblicas en los intersticios de las catequesis sacramentales. La Escuela con Jesús, propia de la Infancia y Adolescencia Misionera (IAM), en su itinerario de formación humana, bíblica, espiritual y propuesta de experiencia comunitaria y misionera, es un espacio propicio y privilegiado para acompañar a niños, adolescentes y jóvenes en el crecimiento de su fe en comunidad, manteniendo en ellos un corazón sensible y abierto a la misión ad gentes.

Promover las Comunidades de vida Misionera

92. Se propone promover y apoyar al máximo las *Comunidades de Vida Misionera*, desde las *Comunidades Eclesiales de Base* como desde otras formas de vida comunitaria eclesial y de movimientos eclesiales, como forma concreta de vivir la dimensión misionera de la Iglesia, inmersa en el mundo y en las realidades humanas, sociales y políticas con el método de la *Revisión de Vida*, con sus tres pasos fundamentales (*Ver, Juzgar y Actuar*), como instrumento de análisis y de transformación personal, eclesial y social desde la fuerza del Espíritu (IL 274). Asimismo, se deben seguir fomentando las nuevas y múltiples formas de cooperación misionera existentes en nuestros países.

Promover la comunión de bienes en la Iglesia y con los pobres

93. Asimismo, crear, fomentar y desarrollar la institución de Cáritas en todas las comunidades cristianas parroquiales y no parroquiales, con el fin de hacerse presente desde la práctica de la caridad y de todas las obras de misericordia de manera organizada y estructurada ante las necesidades materiales y sociales de nuestra población, especialmente entre los más pobres y necesitados, tanto de cerca como de lejos (IL 275). De este modo se desarrolla la estructura fundamental de la Iglesia para gestionar la comunión de bienes en la Iglesia y con los más pobres y necesitados.

Promover la Reconciliación en todos los ámbitos de la vida

94. En primer lugar, hay que fomentar el sacramento del perdón y de la misericordia de Dios, así como promover, cuidar y atender la Reconciliación en el ámbito familiar desde nuestras comunidades y parroquias. Es urgente educar para la reflexión, la escucha, la valoración mutua, el respeto, la comunicación y el encuentro, el amor, el perdón, la alegría sana, la felicidad compartida, la serenidad,

la lucidez, la armonía. Asimismo, hay que promover el diálogo entre las religiones orientado a la Reconciliación. La Iglesia debe ayudar a que todos los actores sociales y políticos participen activamente en los procesos de reconciliación. Sobre todo, se debe consolidar la opción por los pobres como vía de Reconciliación, y, no en último lugar, la reconciliación ecológica en favor de la creación de Dios, cuidando con responsabilidad nuestra Casa Común, la “Hermana, Madre Tierra”.

Fomentar la conciencia de la misión profética y liberadora en todos los ámbitos sociales

95. Hay que despertar y alimentar la conciencia de la misionariedad de la Iglesia, cultivando la dinámica vocacional de la Iglesia y de sus miembros en el servicio al mundo entero. Asimismo, hay que elaborar desde conferencias episcopales un proyecto misionero, que debe impregnar los planes pastorales y renovar nuestras estructuras de evangelización, haciéndonos caminar hacia la misión Ad Gentes, especialmente orientada a todos los ámbitos donde no se conoce a Cristo o no se viven los valores del Evangelio, particularmente las comunidades indígenas y los sectores de población dedicados a la gestión económica, empresarial, social y política de nuestras sociedades. Y hay que hacer también un esfuerzo intenso de conexión con la vida real de la gente, asumiendo y promoviendo la *Lectura Creyente de la Realidad* como metodología excelente del diálogo con el mundo y de la comunicación del Evangelio, haciéndose presentes en los diversos ambientes con los medios adecuados y saliendo a las periferias existenciales y geográficas del mundo para ir al encuentro de los alejados (IL 290-95). Asimismo, se apoya a las instituciones eclesiales, públicas y privadas, que trabajan en la creación y desenvolvimiento del Observatorio Eclesial Americano de los Derechos Humanos con el objetivo de realizar informes de carácter profético acerca de las situaciones de exclusión, marginación, opresión, injusticia, corrupción y extorsión de los derechos humanos, sociales, políticos y económicos en todos los países de América.

La evangelización de la familia como clave cristiana de la transformación social y cultural

96. Trabajar en un diseño específico de atención a la institución de la familia y a los problemas familiares desde la Iglesia. A imagen de la familia trinitaria y de la familia de Nazaret las familias cristianas deben ser comunidades domésticas de vida y de amor auténticamente cristiano. Para ello es preciso trabajar en el campo educativo y catequético en la formación de los jóvenes para que

experimenten la vivencia madura del amor como entrega total al otro. Es necesario trabajar sistemáticamente en la atención eclesial desde las parroquias a los problemas de las parejas, antes, en y después del matrimonio. Es urgente consolidar el respeto a la dignidad de la persona en el marco familiar para que ningún miembro de la familia sea maltratado, particularmente las mujeres y los niños. Es también urgente educar en el respeto a la vida como un don de Dios desde el primer momento de la concepción hasta la muerte natural. Es apremiante asimismo educar a los jóvenes desde las familias y desde las parroquias en el sentido y en el valor cristiano de la sexualidad.

Potenciar una Iglesia misionera más ministerial y laical

97. Potenciar el desarrollo de una “Iglesia en salida” que vaya rompiendo los moldes de una Iglesia demasiado Clerical y abra caminos firmes y decididos hacia una Iglesia más Ministerial y con participación laical que pone su mirada en Cristo y en los hermanos necesitados, desorientados y en los no creyentes. Potenciar una Iglesia en la que los laicos asuman su gran responsabilidad testimonial y misionera orientada desde la alegría del Evangelio al servicio a los otros, a los que sufren y a los pobres. Se deben plantear en serio formas de liderazgo laical (de varones y mujeres) en la comunidad eclesial, con responsabilidades, funciones y autoridad correspondiente, reconociendo su servicio a la evangelización como una realidad viva.

Promover y cuidar las vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa

98. Es preciso promover y cuidar las vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa como formas de vida evangelizadora y profética en el mundo actual. Para ello hay que replantear el modelo de “formación” que se tiene y procurar un proceso formativo basado en la experiencia de Dios, de contacto con la realidad y de madurez humana y de fe. Es importante implementar la dimensión misionera como línea transversal en la formación humana, espiritual y teológica de los candidatos a la vida sacerdotal y consagrada, y también colocar la asignatura de misionología en el pensum de estudio de los seminarios e institutos de formación teológico pastoral.

Celebrar la fe y la religiosidad popular en clave misionera

99. Hay que cuidar mucho todas las celebraciones de la Eucaristía, cumbre y fuente de nuestra vocación cristiana, y de los sacramentos, y prepararlas con

esmero, extremar la acogida, potenciar los gestos y signos, cuidar el lenguaje, la homilía, los cantos, la música, las moniciones, de manera que conecten mejor con la sensibilidad, preocupaciones e inquietudes del hombre de hoy. Especialmente hay que cuidar mucho más la preparación y celebración del sacramento del Perdón y de la reconciliación. Hay que atender con esmero los demás sacramentos, como el Bautismo, el Matrimonio, la Unción de los enfermos, sin descuidar la importancia enorme de los funerales (pastoral del duelo). Asimismo, se debe depurar y orientar la religiosidad popular según el Evangelio la rica religiosidad popular y la devoción de nuestros pueblos americanos a la Virgen María, reflejada en todas las advocaciones marianas del continente. Así mismo, es necesario reconocer que celebran la fe y la vida de múltiples maneras, de distintas formas y con diversidad de expresiones: es ahí donde hay que desarrollar sensibilidad misionera y respuestas entusiastas y comprometidas desde el Evangelio.

